



Pagando su tributo habitual los ríos han desembocado en el mar esta vez con un cargamento dramático; ahora él lo devuelve nuevamente a la tierra

TODO ES ALLI IMAGEN D

EL coche nos conducía al cementerio de Rubí. Un guardia nos detuvo y preguntó si podíamos llevar a un hombre que se dirigía al cementerio. Era un hombre magro, serio. Fumaba despaciosamente. Se sentó a nuestro lado sin hablar. Le preguntamos si era de Rubí. Sin mirarnos, contestó: «No, soy de Tarrasa. Voy al cementerio a ver si encuentro a mi nena que desapareció...»

Durante dos días hemos recorrido las zonas afectadas por la catástrofe. En Tarrasa, en Papiol, en Sabadell, en Rubí hemos recogido testimonios similares al transcrito. La sola anotación de las palabras de estos hombres y mujeres no es suficiente para describir la tremenda tragedia que han sufrido los habitantes de la cuenca del Vallés. Ni siquiera las fotografías pueden dar una idea aproximada de la dimensión de esta catástrofe... Solo el cine —o la televisión, que ya lo ha hecho—

son capaces de conectar al espectador con la emoción directa y sobrecogedora de la comarca catalana. Es muy fácil hacer literatura sobre los sucesos de la última semana. Es tremenda y excesivamente cómodo escarbar en los mil detalles de esta tragedia. Sin embargo, nada de esto puede ilustrar con la suficiente precisión sobre las patéticas jornadas de estos pueblos. Las estadísticas de muertos o desaparecidos, las fotografías de los desastres, los relatos de la catástrofe, adquieren una pavorosa frialdad cuando aparecen impresos en periódicos o revistas gráficas.

En el número anterior de TRIUNFO procuramos acercarnos a la periferia de este desastre con una serie de fotografías de los lugares siniestrados. Esas imágenes eran las que llevábamos en la memoria mientras viajábamos a Barcelona... Y esas imágenes eran totalmente insuficientes,

terriblemente incompletas cuando comenzamos a visitar los primeros pueblos que habían sufrido la riada...

Tarrasa: rambla del padre alegre

A las tres de la madrugada, a la luz de unas pocas farolas pudimos comprobar las consecuencias del agua enfurecida. «Miren ustedes —nos dijo el vigilante nocturno—, esto se llama la rambla del Padre Alegre.» «Esto» era una larga y ancha avenida absolutamente embarrada y llena de cieno. Lo que quedaba del paso a nivel era los mástiles desmantelados y los esqueletos quebrados de las vías de ferrocarril. Más allá, y a la luz incierta de la linterna del vigilante, automóviles destrozados, camiones, motocicletas... Primero, la caja y la cabina de una camioneta; más allá, el eje de unas ruedas, y poco metros después, el motor del vehículo, arrancado de cuajo.



El barro inundó lo que antes eran tierras fércas. En plena época de sazón, los viñes y las vidas humanas se han visto cortadas por la guadaña de la muerte

E MUERTE Y DESOLACION

Lo que quedaba del interior de los coches estaba materialmente anegado de lodo. Árboles y faroles abatidos. El muro de una casa estaba derribado y podía verse el interior de una habitación: la cama de matrimonio, sin sommier ni colchón; un armario, la mesilla de noche. Una lámpara colgada del techo, una cortina blanca... Era la imagen dolorosa de la intimidad forzada y arrasada. El gigantesco cementerio de automóviles presentaba el implacable aspecto de la muerte: el silencio, los hierros retorcidos, el barro blando... Todo es allí imagen de muerte y desolación. Nos contaron cómo ocurrió la riada. Estos detalles los conocen ustedes. Las versiones eran contradictorias. Las mismas anécdotas sufrían transformaciones al ser relatadas por diferentes personas. Nosotros recordábamos aún la imagen de los coches diseminados a lo largo de la rambla del Padre Alegre...

rubi: barrio de la riera

Muertos y poca cantidad de heridos. En estos pueblos «no hay damnificados». Hay cadáveres que aparecieron hasta en Villanueva y Geltrú. Esa misma madrugada vimos cómo se efectuaban los trabajos de extracción. Un potente foco iluminaba una amplia zona. Algunos soldados trabajaban junto a las excavadoras. Era una amplia extensión de terreno, absolutamente plana, llana como la palma de la mano. Allí había 150 edificaciones antes de la riada. Ahora, solo barro —siempre barro!— y una serie de objetos cotidianos, habituales, que en tales momentos adquirían una dimensión desoladoramente trágica: una máquina de coser, una bombona de gas, cacharros de cocina... En circunstancias como ésta, todo aquello que nos es familiar, que es aceptado por la costumbre, se reviste de un carácter insólito, cuando no sarcás-

TEXTO:

Javier CERMEÑO
Jesús G. de DUENAS

FOTOGRAFIAS:

Fernando ARRIBAS
ITALPRESS
CERMEÑO DIAZ
AGENCIA CIFRA
y AEREAS de T. A. F.
Equipo de vuelo: SERGIO PALAO y FRANCISCO PERALES

tico, como aquel cartel pintado en un muro junto a esta zona de Rubi que decía así: «Por orden de la Autoridad queda prohi-

SIGUE

BARCELONA



Esta foto tiene carácter de símbolo. El coche, completamente destrozado, fue arrastrado por las aguas cerca de medio kilómetro cuando esperaba que se abriese el paso a nivel de Tarrasa. La riada no respetó nada. Arrasaba a su paso todo cuanto se ponía por delante: cultivos, máquinas, hogares, vidas humanas...



Después de las inundaciones, el campo de fútbol de San Adrián de Besós ofrecía este pavoroso aspecto

bido arrojar basuras en este lugar.» Los trabajos de rescate son lentos, forzosamente lentos, peligrosamente lentos. Hay riesgo de infección. Sería necesario incendiar las zonas más afectadas, pero el obispo aún no dio su autorización.

Las casas estaban edificadas al borde de la Riera. Sus ocupantes eran casi todos emigrantes andaluces. Las casas eran de una sola planta. Estaban. Eran. Al hablar de la catástrofe es dolorosamente exacto tener que emplear el pretérito.

Los hombres y mujeres con los que hemos hablado parecen tranquilos. En realidad están totalmente aniquilados. Aún no se han respuerto de la terrible impresión. Tengan en cuenta que todos han perdido a un familiar, a un amigo, a un conocido. Algunos de estos casos los conocen a través de las informaciones de prensa o de los reportajes de la TVE.

Andrés Soronellas Domingo. Perdió a su mujer y a su hijo. Es un hombre recio, grave. Nos impresiona su manera de hablar, pausada, fría. Sentimos una especie de pudor al hablar con él; nos está hablando de la desaparición de los suyos. Tuvo que sujetar con su propio cuerpo la puerta de la casa hasta que la tromba de agua la derrumbó. Subieron al tejado de su casa, donde poco después acudieron los vecinos: una familia compuesta de cinco miembros. Desde allí vieron cómo el agua destruía las casas vecinas y se las llevaba... Y de repente, Andrés Soronellas vio cómo la riada arrastraba a su mujer. A su mujer y a los cinco vecinos. Su hijo y él pudieron agarrarse a una pared que resistió al embate del agua. Una nueva tromba y el muchacho desapareció. Él fué arrastrado por la corriente durante kilómetro y medio hasta más allá de la estación. A la luz de un relámpago vio las calles y unas trochas a las que se agarró. Así salvó su vida.

A las diez y media se paró el reloj. A las diez y media de la noche se detuvieron muchas vidas en Rubí. A la mañana siguiente, y durante varios días más, las mujeres y los hombres se afanaban entre los escombros y el barro para salvar lo poco que el agua había respetado.

Antonia Gómez y Antonio Gómez. Tejedora y albañil. La riada se llevó a su padre, Tomás Gómez Martínez, un anciano paráltico. Era una casa de dos pisos, junto a una fábrica que sirvió de obstáculo para detener el agua. La casa resultó inundada, pero no arrasada. Los vecinos del piso de abajo —una viuda con tres hijos— subieron despavoridos al piso superior. Allí, Antonio Gómez hizo un boquete en el techo y salieron al tejado de donde pasaron a las casas cercanas y consiguieron salvarse. El abuelo no pudo pasar por el boquete. Antonio Gómez le tenía sujeto, pero la riada se lo arrebató. Por la mañana, cuando hablamos con estas familias están sacando los enseres. Se repite la escena que ya se nos ha hecho tristemente habitual: las sillas embarradas, un zapato de tacón alto, un secador para el pelo... Todos estos objetos adquieren una dimensión nueva. Son símbolos estremecedores, implacables de una tragedia espantosa.

Rafael Moreno Cabello y Remedios Mesa Cubero. Dos ancianos. Andaluces. Se despertaron al oír el ruido. Pudieron escapar



La intimidad de los hogares se vio forzada por la tromba de agua, que en escasos minutos sembró de muerte la cuenca del Vallés. Hombres y mujeres, casas completamente desaparecidas. Muerte y desolación



Mientras la mujer relata la tremenda odisea, la niña permanece con la mirada perdida en los horribles recuerdos. Ella vio cómo las aguas arrastraban de las manos de sus padres a su abuelo paráltico

SIGUE

BARCELONA

antes de que llegase la riada. Además de este matrimonio vivía en la casa su hija Isabel Moreno Mesa con dos niñas: María Isabel e Isabel Remedios. En general, puede decirse que solo lograron escapar aquellas personas que estaban despiertas, que pudieron advertir la magnitud de la catástrofe. La riada solo duró siete minutos. Nadie de los que estaban dormidos podría salir con vida.

Nos hablaron de una chica que se iba a casar con un muchacho de Rubí. Llegó desde Barcelona para preparar la boda. Se alojaba en casa del novio. Murieron los dos.

Muchos casos. Demasiados casos. Los supervivientes recuerdan a los desaparecidos. Eran familiares, amigos, compañeros de trabajo.

Abandonamos Rubí. Dejamos atrás uno de los escenarios más impresionantemente trágicos que hayamos podido conocer.

papiol: receptáculo dramático

En Papiol el panorama es alucinante. A pesar de que las imágenes vistas en Rubí, Tarrasa, Las Fonts y Sabadell nos habían dado un margen de insensibilidad, la visión de esta zona nos produjo una angustiosa sensación de abatimiento. En la carretera un verdadero río de camiones, ambulancias, coches oficiales, coches particulares, todos llenos de gentes que iban voluntarios a trabajar en la búsqueda de cadáveres, porque Papiol ha sido el receptáculo principal de la riada. El escenario es dantesco; la vorágine del agua ha convertido en infierno lo que antes era una próspera zona

agrícola. El suelo está materialmente cubierto de lodo, árboles arrancados, vigas, cañas de maíz, cepas en plena sazón con sus raíces al aire. A un lado del camino un montón de tablas sin desbastar que con cuatro martillazos apresurados se convierten en ataúdes. Puestos de socorro en los que se trabaja a destajo para poder vacunar a todos los que van a trabajar, colas interminables de hombres con la camisa remangada y el gesto duro y cansado. Allí se hace necesario el uso de la careta anti-gás, el hedor lo invade todo; se pisa con reverencia, con temor —¿cuántos habrá allá debajo?—; ayer sacaron 27 cadáveres, el día anterior 35, hoy son las seis de la tarde y ya llevan cerca de 12... Los picos arrancan montones de barro, los hombres sudan tirando de las cuerdas que arrastran los troncos caídos; allí hay viejos, hombres jóvenes, niños; en todos, la misma expresión, idéntica mirada de incompreensión ante todo aquello.

Poco antes oímos cómo un grupo de payeses comentaba el hallazgo de un niño de pocos años encerrado en una bolsa de plástico, quizá el último intento de una madre despavorida para salvarle... De pronto se oye una voz que se va repitiendo con voz histérica: «¡Riada! ¡Riada!»

Nosotros, que acabábamos de llegar de Rubí y de Las Fonts y que sabíamos que era imposible, nos sentimos identificados con la terrible psicosis de pavor que produjo aquella palabra. Los ojos buscaban incrédulos la torrentera, desmayos, carreras enloquecidas buscando una salida por la que escapar... Han pasado ya varios días de la catástrofe y, como decíamos, el ánimo se insensibiliza; sin embargo aquel grito bastó para que, en un momento toda la imagen se volviera a reconstruir. Ha-

Cuando el dolor llega al límite, ya no caen las lágrimas. El estupor ante la está pida tragedia seca los ojos. Pero no el corazón. Unas madres esperan sin esperanza



La Barcelona ubérrima —verdor en los campos, prosperidad en las fábricas— cambió de fisonomía en unas horas. Las errieras —esos caudales mustios que ni siquiera tienen nombre de varón, como dice Agustí— perdieron sus márgenes y el agua

bía sido una falsa alarma; alguien había comentado la rotura de un dique y aquello fue el toque de sobresalto. Cuando abandonábamos Papiol dos muchachos nos hicieron señas, el coche paró, nos pidieron que les llevásemos a Barcelona. Eran de los que se habían presentado voluntarios; iban impresionados por las terribles horas vividas. Uno de ellos, Manuel Sánchez Salgado, tiene quince años y trabaja durante toda la noche en una tahona. El



anegó todo. Muchedumbres sin hogar y la obligación de enterrar a los muertos. Un ir y venir macabro mientras los rumores, de boca en boca, presagiaban nuevas avenidas. Porque el cielo se guía gris..., amenazaba otra vez lluvias, más agua

otro, Jaime Garriga Barrachina, diecisiete años, es soldador calderero. Cuando les preguntamos si también volverán mañana, nos miran como extrañados por la pregunta.

El camino hasta Barcelona es una repetición de las mismas escenas: barro, dolor, sirenas ululantes, caras endurecidas.

Cuando el avión se elevaba hacia Madrid, la imagen confusa de tanto dolor irremediable se amontonaba en nuestra memoria.



Papiol es uno de los pueblos en los que más cadáveres se han recogido. En el mismo lugar en que se efectúan los trabajos de búsqueda, los carpinteros han de improvisar con terrorífica rapidez los féretros

¡UN MONUMENTO A LA GRACIA, EL HUMOR Y LA RISA!
¡UN PROXIMO ESTRENO COMO NO SE HA VISTO OTRO!

LA MIRISCH COMPANY PRESENTA:

LA NUEVA COMEDIA
DE BILLY WILDER

UNO, DOS,
TRES

protagonizada
por

JAMES
CAGNEY

HORST
BUCHHOLZ

PAMELA
TIFFIN

ARLENE FRANCIS

HOWARD ST. JOHN • HANNS LOTHAR

USELOTTE PULVER

Guión de BILLY WILDER y I.A.L. DIAMOND
Basada en una obra teatral de FERENC MOLNAR

Filmada en PANAVISION®



PRODUCIDA Y DIRIGIDA POR
BILLY WILDER



Por vez primera entrará usted
en el Berlín oriental sin más
riesgo que el de sufrir un colapso
a fuerza de reírse

La comedia que pone en la órbita
del humor el asunto más atrevido
y original que ha realizado el cine
desde que tiene uso de palabra